

los extranjeros vinieron. Cortés le rogó que le guiase allá, y que se lo gratificaria muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos, y pagó las otras guías que traía, y envióslos con Dios; despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen á rogar á Aquiahuilquin que no se ausentase, porque deseaba hablalle, y no le hacer mal. Cuando otro día amaneció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guías. Partióse en fin, y fué á dormir á un monte cinco leguas de allí. Dejarretóse un caballo en un mal paso del camino; otro día anduvo el ejército seis leguas; pasáronse dos ríos, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalan, mas habíanse ido ellos; de allí fueron á Azuzulín que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer; que fué doblar la pena. Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de que tomar lengua para ir á Nito, y en ocho días no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; antes dañaron, porque una dellas dijo que los llevaría á un pueblo dos jornadas léjos, donde les darian nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron á nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, ca no podía atinar por dó tenía de ir, por mas que miraba en la aguja: tan altas montañas había delante y tan sin rastro de hombres. Acaso atravesó un mochacho por aquellos montes, y fué tomado; el cual los guió á unas estancias de tierra de Tunihá, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el dibujo. Llegó en dos días á ellas, y después los guió un vejecico, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habían huido de miedo, y estos dijeron cómo á dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fué uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles á quien habían servido, que fué harto descanso para quien lo oía, segun iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tunihá, como no comían sino palmitos verdes ó cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un día dos hombres á cortar una palma, y media hora á comerse el palmito ó pimpollo que tenía encima. Juan de Abalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.

Lo que hizo Cortés en Nito.

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen á buscar si toparian algún español ó indio del pueblo, que mas particularmente le declarasen cómo y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar á un río grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos días, y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomáronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los mas enfermos, y que eran de Gil Gonzalez, y tenían por capitán á Diego Nieto, y que

Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, que le mataron, idos á Méjico por tierra y gobernación de Pedro de Albarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió á Diego Nieto cómo estaba allí y quería ir á verle, que tuviese algunas barcas para pasar el río, y luego partióse. Tardó en llegar tres días, y en pasar el río con todo su ejército cinco, porque no tenían mas de un esquife y una ó un par de canoas. Muy gran consolación fué para todos llegar allí Cortés, porque los que iban no podían mas andar, y los que estaban no tenían salud ni qué comer. Erale pues forzado á Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes á la buscar; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó á enviar otra vez, y tampoco trujeron sino á un principal mercader con cuatro esclavos, que toparon en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores, y tan poca la vianda que había, que perescían de hambre, y verdaderamente perescían sino por unos pocos puercos que aun duraban, y por las yerbas y raíces que cogían los mejicanos. Mas quiso Dios, que á nadie olvidada, que aportase allí á tal tiempo un navío que traía treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias á Jesucristo, y comenzaron á sacar el vientre de malaño. Cortés compró aquel navío con todo el bastimento; que los caballos dueños traían; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida, y labró un bergantín de la madera de otros navíos quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniere. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía, y cuán vivo estaba siempre. Salían desde Nito á correr la tierra después que Cortés allí llegó, que antes ni osaban ni podían, y andando por unas partes y otras, se halló una vereda entre unas muy ásperas sierras, que iba á dar á Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba deciocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposición y manera de poblar allí, y por tener otro la posesión, apareja sus tres navíos para irse á la bahía de Sant Andrés; envía á Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, sino fueron dos, á Naco, que estaba á veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo alborotados. No quiso embarcarse sin llevar mas copia de bastimentos, por si se detenía mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios, metióse con ellos en el bergantín y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el río, topó un golfo ó estero hasta doce leguas de circuíto, sin población ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fué á otro golfo que hoja mas de treinta leguas, y que por estar en asperisimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fué á un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornóse á las barcas con el maíz y ají que pudo coger y llevar; atravesó el golfo, hubo tormenta, perdióse una canoa, y ahogóse un indio. Otro día entró por un riatillo, dejó allí las barcas y el bergantín, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metióse á la tierra. A media legua topó

un pueblo yermo y caído, que muchos estaban así con la buena vecindad de los españoles; anduvo aquel día cinco leguas por unos montes, casi siempre á gatas; salió á unas hazas, halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debía ser aquella labranza, el cual lo guió á otra, donde se tomaron otras dos mujeres. Llegó á una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; había en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo había, ni hombres tampoco; mas vinieron á la sazón dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron á Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco ríos, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban á vaciar en el estero. A puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron; preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado; que dormir era imposible, segun picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacía. En amaneciendo entraron en el pueblo, tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por un español que de miedo, ó maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó á decir á grandes voces: «Santiago, Santiago,» se hiciera una hermosa cabalgada, y quizá sin sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros tantos, y entrellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como á casa de concejo se juntan á danzar. Tampoco se halló allí grano de maíz; y dos días después que llegaron, se partieron para otro lugar mas grande, que decían los presos ser muy proveído de todo género de bastimentos; anduvieron ocho leguas, tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un río hasta los pechos; iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos á otros, peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia arma, entraron peleando de noche en el pueblo; remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodón hilado y por hilar, mantas y otra ropa, mucho maíz seco y en grano, mucha sal, que era lo que andaban buscando, ca muchos días había que no la comían. Hallaron mucho cacao, ají, frisoles, fruta y otras cosas de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas, bien las cargarán, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podían llevar casi nada. Este pueblo tiene los templos á la manera de Méjico, y es lenguaje muy diferente; pasa por él un río que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guía, á traer el bergantín y barcas por el mismo río, para las cargar de vituallas; y entre tanto hizo él cuatro balsas grandes, que cogían á cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo, por la gran corriente del río. Cargáronse las balsas; envió Cortés la gente por tierra, y él fuése por agua. Harto

HA.

peligro corrieron hasta llegar al bergantín, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venían por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la mar del Sur, que dijo cómo no había mas de sesenta leguas de Nito hasta su tierra, donde estaba Pedro de Albarado; que fué alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de árboles de cacao y otros muchos frutales; tenía muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un día y una noche anduvieron las balsas veinte leguas: tan corriente va el río; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aun tomó mucho mas de otros pueblos; con que basteció medianamente sus navíos. Tardó á tornár á Nito treinta y cinco días.

Cómo llegó Cortés á Noco.

Embarcó Cortés luego que fué llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil Gonzalez, y fuése á la bahía de Sant Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara á Noco. Estuvo allí veinte días, y por ser buen puerto, y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y ríos, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales había veinte de caballo. Llamóle Natividad de nuestra Señora. Hizo cabildo é iglesia. Dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fuése á puerto de Honduras, que por otro se dice Trujillo, en sus naos, y envió por tierra, que había buen camino, aunque algunos ríos de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve días en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios, que le había traído adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habían pasado Gil Gonzalez de Avila y Francisco Hernandez, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el bachiller Moreno, segun ya tengo relatado. Pidióronle perdón por haber seguido algun tiempo á Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer mas, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. El los perdonó, y restituyó los oficios á los que primero los tenían, y nombró de nuevo los otros, y comenzó á edificar casas; y á dos días que llegó, envió un español de aquellos, que entendía la lengua, y dos mejicanos, á unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Papaica, y que son cabezas de provincias, á decirles cómo el capitán Cortés, que estaba en Méjico Tenuchtitlan, era venido allí. Oyeron aquellos pueblos la embajada con atención, y enviaron ciertos hombres con el español, á saber mas por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dió cosillas de rescate. Hablóles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores á verle; ca lo deseaba en gran manera; y que no iba allá, porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mejicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron á Cortés de hacer su posibilidad, y



fuéronse. Dende á cinco dias vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitán que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que quería dellós, ó buscaba por aquella tierra, y que no venían ellos á verle, porque tenían temor de que los llevasen en los navios, como habian hecho á otros poco tiempo antes, que, segun se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creían; y á castigar los que hurtaban hombres, y que él trabajaria de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ante él los señores, y sabrían muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrían decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijese cómo venia para la conservacion de sus personas y haciendas, y para salvacion de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron á venir muchos hombres de mas de quince pueblos, señoríos por sí, con bastimentos, y á trabajar donde les mandase. En este tiempo despachó Cortés cuatro navios; tres que él traía, y otro carabelon de los que arriba nombramos. Con uno envió á la Nueva-España los dolientes, escribió á Méjico y á todos los concejos su viaje, y cómo cumplia al servicio del Emperador detenerse por aquellas partes algunos dias. Encargóles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó á Juan de Avalos, su primo, que iba por capitán de aquel navio, que tomase de camino sesenta españoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el Triunfo de la Cruz, que fundó Cristóbal de Olid. Este navio tomó los españoles de Acuzamil, y dió al través en Cuba, en la punta que llaman de Sant Anton. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscos y mas de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron á Cuaniguanigo, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantín envió á la isla Española con cartas para los oidores, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapacina. Los otros envió á Jamáica y á la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.

Lo que hizo Cortés cuando supo las revueltas de Méjico.

Dos oidores de Santo Domingo, teniendo cada dia nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron á saber si era cierto, en un navio que venia á la Nueva-España, de mercaderes, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la jineta, y otras muchas cosas para vender. El cual navio, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijeran los del bergantín en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellín, y vino á Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería. Con este navio escribió el licenciado Alonso Zuazo á Cortés cómo en Méjico habia muy grandes males, y bandos y guerra entre los mismos españoles y oficiales del Rey que

dejó por sus tenientes, y cómo Gonzalo de Salazar y Peralmindez se habian hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habian hecho las honras por tal. Que habian prendido al tesoro Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado á Rodrigo de Paz, y que habian puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban preso á Cuba, á tener residencia del tiempo que allí fué juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leia Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: «Alruin ponelme en mandó, y veréis quién es; yo me lo merezco, que hice honra á desconocidos, y no á los míos, que me siguieron toda su vida.» Retrójose á su cámara á pensar, y aun á llorar aquel triste caso, y no se determinaba si era mejor ir ó enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres dias procesion y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que mas servicio de Dios fuese. A la fin pospuso todo lo otro por ir á Méjico á remediar aquel mal tan grande; que muy enojado estaba de los que lo habian revuelto. Dejó allí en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peones españoles y treinta y cinco de caballo. Envio á decir á Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco á Méjico por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo á la mar del Sur á Cuahutemallan, camino hecho, llano y seguro; y embarcóse él en aquel navio que le trujo tan tristes nuevas, para ir á Medellín. Estando sobre una ancla no mas, muy á pi que de partir, no hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolucion entre los vecinos. Allandólos con castigar los revoltosos, y pasados dos dias, tornóse á la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebróse la antena mayor, no dos leguas del puerto; fuéle forzado tornar donde partió. Estuvo tres dias en adobarla. Salió del puerto con viento muy prospero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un dia. Recreó un norte tan recio y contra rio, que rompió el mástil del trinquete por los tamborettes. Convino, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mismo puerto. Tornó á decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no queria que dejase aquella tierra ni que fuese á Méjico, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se habia vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar á Martin Dorantes, su lacayo, en aquel mismo navio, que habia de ir á Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocacion de todos cuantos poderes hasta allí habia dado y hecho de la gobernacion. Envio asimismo algunos caballeros y otras personas principales de Méjico, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martin Dorantes, como en otro lugar dije, llegó á Méjico, aunque por muchos peligros, y á tiempo que Francisco de las Casas era ido preso á España; pero bastó su llegada á que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

La guerra de Papaica.

Despachado y partido aquel navio, mandó Cortés á Hernando de Saavedra que entrase por la tierra á ver

qué cosa era, con treinta compañeros á pié y otros tantos á caballo. El cual fué, y anduvo hasta treinta y cinco leguas por un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda cosa de comer y pastos; y sin reñir con nadie, atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés á ofrecérsele por amigos, y cada dia traian á Trujillo mantenimientos, dados y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo á las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echóles grillos. Dióles cierto término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con apercebimiento que no lo haciendo serian bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chicueilt, Potlo y Mendereto. Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envio allá una compañía de españoles á pié y á caballo, y muchos indios, que saltaron una noche á Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad, y prendiéronle; el cual, preguntado por qué habia sido malo é inobediente, dijo que ya se hobiera él venido á dar, sino que Mazatl era mas parte con la comunidad, y no consentia en la paz, ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y espíarlo hía, para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacian luego, la tierra estaria pacífica y poblada; mas no fué así, aunque le soltaron y se prendió Mazatl; á quien fué dicho lo que Pizacura decia, y mandado que dentro de un cierto plazo hiciese venir de la sierra sus vasallos á poblar á Papaica; y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo á Trujillo. Procesaron contra él, y sentencióse á muerte, lo cual se ejecutó en su propia persona, que fué gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron á sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, sino fué Papaica, que jamás quiso asegurarse después que Pizacura estuvo suelto; contra el cual se hizo proceso, porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvian á su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendióse Pizacura, y aunque estaba condenado á muerte, no le mataron, sino tuiéronle preso con otros dos señores y con un mancebo que, segun pareció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que, con nombre de curadores, eran usurpadores. A esta sazón vinieron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernandez, y dijeron cómo habia llegado allí un capitán con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernandez, teniente de Pedrarias, y que venia al puerto ó bahía de Sant Andrés, do estaba la villa de la Natividad de nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera á Francisco Hernandez que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pedrarias; y á esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernandez se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy ordinario es en Indias los tenientes quedarse por pro-

prios. Cortés escribió á Francisco Hernandez rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fué encomendada, por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el Rey, y envióle cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fué una de las causas por que Pedrarias degolló después al Francisco Hernandez. Idos estos, vinieron unos de la provincia de Huiclatlo, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, á quejarse á Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacian otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediase, pues remediaba á todos en semejantes males. Cortés, que ya desto tenia aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos querellantes á Grabiél de Rojas, que así se llamaba el capitán de Francisco Hernandez, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huiclatlo en paz, y volviese las personas que labia tomado. El Rojas, ó porque estaba cerca Fernando Cortés, ó porque le llamaba Francisco Hernandez, se volvió luego adonde vino; que, segun pareció, Francisco Hernandez estaba en aprieto con un motin que hacian contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se queria quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bollicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, queria ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.

Lo que avino á Cortés volviendo á la Nueva-España.

Estando en esto llegó fray Diego Altamirano, primo de Cortés, fraile francisco, hombre de negocios y honra; el cual dijo á Cortés cómo venia á llevarle á Méjico para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego á la hora se partiese. Contóle la muerte de Rodrigo de Paz, la prision de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el saco de su casa, la nigromancia del fator Salazar, la ida de Juan de la Peña á España con dineros para el Rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo habia hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenían muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo queria mucho, y era cuerdo y aun animoso. Y como tenia muchos indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles á adobar el de Cuahutemallan, proponiendo de ir por allí la via que hizo Francisco de las Casas. Envio mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, ca le tenían en grandísima estimacion por haber ganado á Méjico Tenuchtitlan; y así, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindon, que son muy fragosas, y todos los caciques estaban aparejados y proveídos para le hospedar y festejar en sus pueblos y



tierras. Mas empero á importunacion de fray Diego Almirante dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar á la Nueva-España. Y luego comenzó á bastecer dos navíos, y á proveer lo que convenia á los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitila y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien desviadas de la costa, á dar las gracias á Cortés de una buena obra que les habia hecho, y á pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarían seguros. El les dió sendas cartas de amparo; y porque no podía detenerse, ni tenia los españoles que demandaban, encargó á Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa desto fué que en Cuba y Jamáica armaron y fueron á cativar de aquellos isleños para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, á rogar al capitán de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de Merlo, por lo que Cortés le prometió, se vino á Trujillo á vivir, y los indios fueron restituidos á sus islas. Tornando pues á Cortés, digo que como tuvo los navíos á punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mejicanos, y á Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesen á Méjico y la obediencia que tenían á los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así; mas el Pizacura se murió antes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo á 25 de abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatan y pasar los Alacranes. Dióle luego un muy recio vendabal, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacía los navíos; y así, le fué forzado ir á la Habana de Cuba, donde estuvo diez días holgándose con los del pueblo, que eran sus conocidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traían alguna necesidad. Allí supo, de unos navíos que venian de la Nueva-España, cómo Méjico estaba mas en paz después de la prision del fater Salazar y de Peralmindez; que no fué para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho días á Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo, ó por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; salió luego á tierra en los bateles; fué á pié á Medellín, que estaba cinco leguas; entró en la iglesia á hacer oracion, dando gracias á Dios, que le habia tomado vivo á la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, á gran priesa y placer, que no lo creían, y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y á la verdad él habia trabajado y padecido mucho, así en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino mas de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocienas de Trujillo á Méjico por Cuahutemallan y Tecoautepec, que es el derecho y usa-

do camino. Comió muchos meses yerbas solas cocidas sin sal, bebió malas aguas; y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochcin. Podrá ser que á muchos no aplacerá la letura deste viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés.

Luego que Cortés llegó á Medellín despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallineros, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si queria matar los que le habian enojado. Él les agradecia los presentes y amor, y les decia que no habia de matar á nadie, porque el Emperador los castigaria. Estuvo en Medellín once ó doce días, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallan le recibieron muy bien. A do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo mas, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de mas de ochenta leguas léjos, con presentes, ofrescimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habian hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacaç, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcucó, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podia ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera Moteczuma, salieron á verle. No cabian por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tañian atabales, vocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabia de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacian, y el sosiego y paz de la ciudad. Fuése derecho á Sant Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo habia traído á tanto descanso y seguridad.

De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés.

Era Cortés el mas nombrado entonces de nuestra nacion; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narvaez, que andaba en corte acusándole; y como habia mucho que no tenian los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colón, que pleiteaba con el Rey, y pretendia aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimesmo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzman, y de Honduras á Simon de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martin Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los da-

ba, decia mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió de ello andando en aquellos tratos. No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveidos supieron guardar el secreto cual convenia, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en Toledo; y á muchos que sentian bien de Cortés les parecia mal. Y el comendador Pedro de Pina lo dijo al licenciado Nuñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió tambien posando en casa de Gonzalo Hurtado, á la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos días á ver qué vernia de Méjico. El duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenia casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonóle, fióle y aplacó al Emperador. Llegó á Sevilla, estando en esto, Diego de Soto con setenta mil castellanos, y con el tiro de plata, que, como cosa nueva y rica, hinchó toda España y otros reinos de fama. Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernacion, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia á Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de Leon, teniente y pariente de don Martin de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad; el cual, aunque mancebo, tenia muy buena fama, y enviáronle á la Nueva-España con bastantes poderes y confianza. Él, por no errar, y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Márcos de Aguilar, que habia estado algunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partióse pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegacion que tuvo, llegó á la Villarica poco después que Cortés partiera de Medellín. Simon de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego á Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del Rey á tomalle residencia; y fué con tan buena diligencia, que llegaron las cartas á Méjico en dos días, por postas que habia puestas de hombres. Cortés estaba en Sant Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despacho, y ya habia hecho otros alcaldes, y prendido á Gonzalo de Ocampo y á otros bandoleros y valedores del fater, y hacia pesquisa secretamente de todo lo pasado. Dos ó tres días después, que fué Sant Juan, estando corriendo toros en Méjico; le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del Emperador, por las cuales supo á qué venia. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino queria ir á Méjico, por el poblado, ó por el otro, que era mas corto. El licenciado no replicó, y queria reposar allí algunos días, que venia muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entonces no la habia pasado. Mas porque le dieron á entender que Cortés haria justicia del fater Salazar y de Peralmindez y de los otros que presos tenia, si se tardaba, y que no lo receberia, sino que saldria á le prender en el camino, que para eso queria saber por dónde habia de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el

camino de los pueblos, aunque era mas largo, porque no le hiciesen alguna fuerza ó afrenta: tanto pueden las chimerías. Anduvo tan bien, que llegó en cinco días á Iztacpalapan, y que no dió lugar á los criados de Cortés, que habian ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada. En Iztacpalapan se le hizo un banquete con gran fiesta y alegrías. Tras la comida, revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuanto tenia en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen yerbas, y así lo decia fray Tomás Ortiz, de la órden de Santo Domingo, afirmando que las yerbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato delias; y Andrés de Tapia, que servia de maestresala, dijera: «Otras traerán para vuestra reverencia;» y respondió el fraile: «Ni desas ni de otras.» Tambien se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mencion, y se acusó en residencia; pero á la verdad ello fué mentira, segun después diremos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió de cuanto comió el licenciado, y en el mesmo plato de las natas ó requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venian calorosos, cansados y hambrientos, que comieron demasiado y bebieron asaz frio, que les revolvió el estómago y les causó aquellas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no lo quiso tomar. Salíó Cortés á recibirle con Pedro de Albarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballería de Méjico. Tomóle á la man derecha hasta Sant Francisco, donde oyeron misa; que fué la entrada de mañana. Dijole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro día, llevóle á su casa y aposentóle muy bien. Otro día siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones; tomó las varas á los alcaldes y alguaciles, y luego se las tornó á todos; y dijo con mucha crianza: «Esta del señor Gobernador quiero yo para mí.» Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del Emperador, pusieronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirian lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomáronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencia de Cortés, para que viniese querellando quien estuviere agraviado y quejoso dél. Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando.

La muerte de Luis Ponce.

Fué un día el licenciado Ponce á oír misa á Sant Francisco, y volvió á la posada con una gran calentura, que realmente fué modorra. Echóse en la cama, estuvo tres días fuera de seso, y siempre le crecía el calor y el sueño. Murió al septeno; recibió los sacramentos, hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Márcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enterróle en Sant Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querian bien á Cortés publicaban que murió de ponzoña. Mas el licenciado Pero Lopez y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los tér-



minos y cura de la modorra; y así, juraron que había muerto della, y trajeron por consecuencia cómo la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los piés señalando los compases y contrapases, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla; y aquella noche espiró antes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado. De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de Leon, las mas murieron en la mar y en el camino, y á muy pocos dias que llegaron á la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, ca pegaron el mal á otros que allí estaban; del cual murieron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del Rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitán Salazar de la Pedrada por alcaide de Méjico. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que había estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fué afirmar que Cortés dió yerbas al licenciado Luis Ponce, y la otra, decir que el Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del Emperador para cortar á Cortés la cabeza en tomándole la vara; y desto avisó al mismo Cortés antes de llegar á Méjico con Juan Nuñez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegado, se lo dijo en Sant Francisco en presencia de fray Martín de Valencia y fray Toribio y otros muchos religiosos; pero Cortés fué muy cuerdo en no lo creer. Quería el fraile con esto ganar con el uno gracias y con el otro blancas. Mas Ponce se murió y Cortés no le dió nada.

Cómo Alonso de Estrada desterró de Méjico á Cortés.

Muerto que fué Luis Ponce de Leon, comenzó el bachiller Márco de Aguilar á gobernar y proceder en la residencia de Cortés; unos holgaban dello, otros no; aquellos por destruir á Cortés, estos por conservarle, diciendo que no valian nada los poderes, y por consiguiente lo que hiciese, pues que Luis Ponce no los pudo dar; y así, el cabildo de Méjico y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gobernacion, y requirieron á Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como antes lo tenía, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el Emperador entendiese de veras sus servicios y lealtad; antes defendía y sostuvo al Márco de Aguilar en el cargo; y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacía justicia, llevaba las cosas del Gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que mas no pudo, le dió por acompañado á Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo. Mas de Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mismo Cortés, gobernó Márco de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fué por sus dolencias, ó malicias de otros, ó por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco, sobrevinole calentura, y como tenía las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, ó poco mas, que Luis Ponce de Leon; y dos antes que no él, murió también un hijo

suyo, que llegó malo del camino. Nombró y sustituyó por gobernador y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada; que Albornoz era ido á España, y los otros dos oficiales del Rey presos estaban; y entonces el cabildo y casi todos reprobaron la sustitucion, que les parecia juego de entre compadres; y diéronle por acompañado á Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses. El Emperador, con parecer de su consejo de Indias, y por relacion de Rodrigo de Albornoz, que partió de Méjico, muerto Luis Ponce y enfermo Márco de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nombrado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debía á la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debía por haberle hecho gobernador al principio; ca pensaba que por ser regidor de Méjico, tesorero del Rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podía preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se encontraron á que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conociendo que si se tomaba con Fernando Cortés había de poder menos, hizose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmiñez, dándoles esperanza de saltallos; y con esto era mas parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico. Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitán sobre palabras. Prendióse uno dellos, y luego aquel mesmo le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar á la cárcel á purgar las costas, ó por hacer aquella bafa de Cortés, su amo. Desterró asimismo á Cortés porque no le quitase el preso; cosa escandalosa, y que estuvo Méjico para ensangrentarse aquel dia, y aun perderse. Mas Cortés lo remedió todo con salir de la ciudad á cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tiranno, como le achacaban, ¿qué mejor ocasion ni tiempo quería para serlo que entonces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, segun por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal á su rey; que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras mas infames palabras, de tiranno y de traidor, para indignar al Emperador contra él; y pensaban ser creídos, con tener favor en corte y aun en consejo, segun en otros lugares he dicho, y con que cada dia perdian muchos españoles de Indias la vergüenza á su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos: «El Rey sea mi gallo», y «Por tu ley y por tu rey morirás». El mesmo dia que cortaron la mano al español, llegó á Tezcucó fray Julian Garcés, de la órden dominica, que iba hecho obispo de Tlaxcallan, cuya diócese se dijo Carolense, por honra del Emperador Carlos, nuestro señor el Rey. Supo el fuego que se

encendia entre españoles, metióse en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á Méjico; donde le salieron á recibir todos los clérigos y frailes de la ciudad, con muchas cruces, ca era el primer obispo que allí entraba. Entrevino luego entre Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco después vinieron cédulas del Emperador para que soltasen al factor Salazar y al veedor Peralmiñez, y les volviessen sus oficios y hacienda; de que no poco se alligó Cortés, que quisiera alguna enmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habían tomado de su casa. Pero quien á su enemigo popa, á sus manos muere, y no miró que perro muerto no muerde. El pudiera, antes que llegara el licenciado Luis Ponce de Leon, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron; que en su mano fué; mas dejólo por evitar el decir, por no ser juez en su proprio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquellos tenían de haber muerto á sin razon á Rodrigo de Paz; confiado que cualquiera juez ó gobernador que viniese los castigaria de muerte, por la guerra civil que movieron é injusticias que hicieron, y aun porque tenían, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo quería enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho mas.

Cómo envió Cortés naos á buscar la Especieria.

Mandaba el Emperador á Cortés por la carta hecha en Granada á 20 de junio de 1526, que enviase los navios que tenía en Zacatula á buscar la nao Trinidad y á fray García de Loaisa, comendador de Sant Juan, que era ido al Maluco y á Gaboxo, y á descubrir camino para ir á las islas de la Especieria desde la Nueva-España por el mar del Sur, segun él se lo había prometido por sus cartas, diciendo que enviaria ó iria, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaria, no solo para rescatar en ellas las especias y otras mercaderias ricas que tienen, mas aun para cogellas y traellas por propias suyas; y que haria fortalezas y pueblos de cristianos que sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme á la demarcacion, como eran Gilolo, Borney, entrambas Jabas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capítulos y mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrescido á esto, y queriéndolo el Emperador, y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determinó enviar tres navios á los Malucos, y hacer camino allá una vez para cumplir después su palabra, y también porque aportó á Cuatlan Hortunio de Alango, de Portogalete, con un patache que fué con la armada del dicho Loaisa, estando malo Márco de Aguilar, por sobra de muchos vientos, ó por falta de no saber la navegacion del Tidore. Echó pues al agua tres navios. En la nao capitana, dicha Florida, metió cincuenta españoles; en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco, con el capitán Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantín, quince, con

el capitán Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armólas de treinta tiros. Basteciolas de provision en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requeria, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitán dellas á Alvaro de Saavedra Ceron, su pariente, el cual se partió del puerto de Cuatlanejo, dia ó vispera de Todos Santos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, segun la cuenta de los pilotos, aunque por derecha navegacion hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, á unas muchas islas, que por ser tal dia cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco mas ó menos en once grados á este cabo de la Equinocial. Son los hombres crecidos de cuerpo, carluengos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esteras muy primas de palma, que de léjos parecen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo al desnudos andan; tienen navios grandes. De aquellas islas de los Reyes fué á Mindanao y Bizaya, otras islas que están ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanjes de fierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cebratanas, en que tiran con yerba; cosóletes de algodón, corazas de escamas de peces. Son guerreros, confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres á su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza, como acá; y el que entonces allí reinaba se decia Catona; el cual mató á don Jorge Manrique y á su hermano don Diego y á otros. De allí se huyó á la nave de Alvaro de Saavedra, Sebastian del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó á Cebut, donde supo cómo llevaran de allí ocho castellanos de Magallanes á vender á la China, y que aun había otros. En fin, contó todo aquel viaje. También rescató Saavedra otros dos españoles del mesmo Loaisa, en otra isla que llaman Candiga, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando á beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde portugueses tenían una fortaleza, y llegó á Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Burgos, por capitán de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcaide de un castillo. Allí aderezó Alvaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del Emperador, que le dió Fernando de la Torre. Y partióse á 3 de junio de 1528. Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespa, y otras con gente blanca, barba da y los brazos pintados, en tan poca distancia de lugar, que se mucho maravilló. Fuéle forzado volver á Tidore, donde estuvo muchos dias. Partióse de allí para la Nueva-España á 8 dias de mayo 1529, y murió navegando, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave á Tidore con solas deciocho personas, de cincuenta que sacó de Cuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre había perdido su castillo, se fueron aquellos deciocho espa-



ñoles á Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí se murieron los diez; que así tratan portugueses á los castellanos. De manera que no quedaron mas de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió á la Especiería.

Cómo vino Cortés á España.

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitución de Marcos de Aguilar, según el Emperador mandó, parecióle á Cortés que no habría orden de tornar él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él á negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocia el pan, porque tenía muchos adversarios en España, y de malas lenguas y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir á Castilla á muchas cosas muy importantes á sí principalmente, y al Emperador y á la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré de algunas. A casarse por haber hijos y mucha edad; á parecer delante el Rey su cara descubierta, y á darle cuenta y razón de la mucha tierra y gente que había conquistado y en parte convertido, é informarle á boca de la guerra y disensiones entre españoles de Méjico, temiéndose que no le habrían dicho verdad; á que le hiciese mercedes conforme á sus servicios y méritos, y le diese algún título para que no se le igualasen todos; á dar ciertos capítulos al Rey, que tenía pensados y escritos sobre la buena gobernación de aquella tierra, que eran muchos y provechosos. Estando en este pensamiento le fué una carta de fray García de Loaisa, confesor del Emperador y presidente de Indias, que después fué cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos á venir á España á que le viese y conociese su majestad, prometiéndole su amistad é intercesión. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar á poblar el río de las Palmas, que está mas allá de Pánuco, aunque tenía enhilado ya el camino, y despachó primero docientos españoles y sesenta de caballo con muchos mejicanos á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decían, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibían de paz, hiciesen guerra y cautivasen para esclavos; que son gente bárbara. Escribió á la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante á ello á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano de fuera de tierra, comida de perros ó aves; estaba en calzas y jubon, tenía una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué. Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la yalieron en docientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un Santa Cruz. Basteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entonces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo á Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, y otros conquistadores de los mas principa-

les y honrados. Trajo un hijo de Moteczuma, y otro de Maxixa, ya cristiano, y don Lorenzo por nombre, y muchos caballeros y señores de Méjico, Tlaxcallan y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios é indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrechos. Y sin todo esto, traía para ver, tigres, alcatraces, un aiotochli, otro tlacuaci, animal que ensena ó embolsa sus hijos para comer; cuya cola, según las indias, ayuda mucho á parir las mujeres, y para dar, gran suma de mantas de pluma y pelo, ventalles, rodela, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó á España en fin del año de 1528, estando la corte en Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querían ver.

Las mercedes que hizo el Emperador á Fernando Cortés.

Hizo el Emperador muy buen acogimiento á Fernando Cortés, y aun le fué á visitar á su posada, por mas le honrar, estando enfermo y desafiucado de los médicos. El dijo á su majestad cuanto traía pensado, y le dió los memoriales que tenía escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba á embarcar para Italia por coronarse. El Emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, á 6 de julio de 1528 años, y capitán general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la mar del Sur, y descubridor y poblador de aquella mesma costa é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes: dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda. Pidió la gobernación de Méjico, y no se la dió, porque no piense ningún conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colon, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernandez de Córdoba, Gran Capitan, que conquistó á Nápoles. Mucho merecia Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el Emperador por le honrar y engrandecer, como gratísimo príncipe, y que nunca quite lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacan, que fué de Cazoncin, y él quiso mas á Cuahunauac, Huaxacac, Tecoantepec, Coyoacan, Matalcínco, Atacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Téquilaiacoan, Calimaia, Autepec, Tepuztlan, Cuilapan, Accapiztlan, Cueltaxca, Tuztla, Tepecan, Atloixtan, Izcalpan, con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdicción civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo tambien; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

De cómo se casó Cortés.

Murió doña Catalina Xarez sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar á Cortés, que tenía mucha fama y hacienda. Don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya é hija del conde de Aguilar, don Carlos Arellano, por los poderes que tuvo Martín Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorecidos del Emperador; por lo cual, que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje,

se tuvo por bien casado y emparentado. Traía Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa, otra era como campanilla, con una rica perla por badojo, y guarnecida de oro, con «Bendito quien te crió» por letra; la otra era una tacica con el pié de oro, y con cuatro cadenicadas para tenerla, asidas en una perla larga por boton; tenía el bebedero de oro, y por letreiro, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco; pero no las diera él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel, cuando fué allá el Emperador, según lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pidiera y pagaría el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á Méjico con ella y con título de marqués.

De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico

Estaba en España Páñfelo de Narvaez, negociaba la conquista del río de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacia otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo Emperador dió un memorial que contenía muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenía tantas barras de oro y plata como Vizcaya de hierro, y ofrecióse á probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistía en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con yerbas al licenciado Luis Ponce de Leon, como habia hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero Lopez, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se efectuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «A luengas vias luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde recorriesen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se quería satisfacer de sus servicios y culpas, y tambien para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzman, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzman fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. E hizo una terrible resi-

dencia y condenación contra Cortés; y como estaba ausente, metíale la lanza hasta el regaton. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigarán, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelión de Méjico cuando vino Narvaez. Prendió tambien á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador mas quejas de Nuño de Guzman y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no solo se probó su injusticia y pasión en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Nuñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzman y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal vendieron. Entendiendo Nuño de Guzman que le quitaban de la presidencia, temió y fuése contra los teuchichimecas en demanda de Coluacan, que según algunos, es de donde vinieron los mejicanos. Llevó quinientos españoles, los mas dellos á caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechuacan prendió al rey Cazoucin, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del Emperador, y que estaba en paz. Y sacóle, según fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y después quemóle con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen; que perro muerto no muerde. Tomó seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó á Xalisco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzman en Xalisco hasta que el virey don Antonio de Mendoza y la chancillería de Méjico le hizo prender y traer á España á dar cuenta de sí; y nunca mas le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzman fuera tan gobernador como caballero, habia tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles. El mesmo año de 1530, que salió de Méjico Nuño de Guzman, fué allá por presidente y á visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastian Ramirez de Fuenleal, natural de Villaseca, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores á los licenciados Juan de Salmeron, de Madrid; Vasco Quiroga, de Madrigal; Francisco Reinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Angeles, que los indios llaman Cueltaxcoapan, que quiere decir culebra en agua, y por otro nombre Vicilapan, que significa pájaro en agua. Y esto á causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está veinte leguas de Méjico, y en el camino para la Veracruz. El Obispo comenzó á poner los indios en libertad, y por